

ESCUELAS DE NEGOCIOS



Edificio de la Paris School of Economics, en el número 48 del Boulevard Jourdan en París. / LEONARDO ANTONIADIS

PARÍS DESAFÍA A HARVARD Y COPIA SU PRESTIGIO

El Gobierno galo inaugura la Paris School of Economics para convertirla en la versión francesa de la reputada escuela de negocios americana. Por R. Amón

Thomas Piketty se ha convertido a los 35 años en el director de la Paris School of Economics (PSE). Tiene mérito, porque el proyecto universitario, descrito en inglés pese a los recelos anglosajones del vecindario nordpirenaico, aspira a convertirse en la versión francesa de Harvard sin la menor intervención ejecutiva del Estado.

Es una revolución sociológica, cultural y académica. De otro modo, Thomas Piketty nunca diría que poner en pie la PSE en la *rive gauche* de París equivale más o menos a levantar Microsoft en la Unión Soviética. Se refiere fundamentalmente a un problema de mentalidad. ¿Cómo pedirle dinero al Estado en Francia y alejarlo de cualquier capacidad de decisión? La respuesta se ha abierto camino gracias al hallazgo operativo de una fundación. Una fundación de clarísima inspiración norteamericana donde las instituciones públicas y los patrocinadores privados se avienen a delegar toda la confianza en la capacidad de gestión del rectorado universitario.

Es una apuesta personal del primer ministro Villepin que ha adquirido forma como alternativa a la Escuela Nacional de Administración (ENA), cantera de la clase dirigente francesa y expresión elitista de un modelo estatal que concilia los méritos académicos con los recursos financieros del alumnado.

Quiere decirse que no bastan un buen expediente ni muchas neuronas ordenadas para enrolarse en la ENA. También se requiere una cierta posición social a imagen y semejanza de la escuela diplomática española.

La PSE, en cambio, antepone el criterio del talento y subraya el papel de la investigación financiera. Los niños franceses estudian de memoria el *Germinal* de Zola como ejercicio de éxtasis sindical y de retórica reivindicativa, pero no tienen demasiado espacio académico para

proyectar la sensibilidad hacia el estudio profundo de las ciencias económicas.

Ya lo explica Thomas Piketty con uno de sus sarcasmos al uso: «Si no hubiéramos hecho nada, de aquí a cinco años no habría investigadores en Francia. A menos que tuvieran una novia para visitar en París».

Conjurados semejantes riesgos, la Paris School of Economics se relaciona con las principales instituciones académicas de Francia y se desarrolla inicialmente con una plantilla de 250 investigadores y 400 estudiantes.

Es la prueba del enfoque elitista, aunque las siglas de la escuela naciente benefician en primer lugar la adhesión de los talentos independientemente de su rango económico. Proliferan las becas y las bolsas de estudio, como también existen las pretensiones de atraer a París investigadores extranjeros y recuperar a los cerebros que se han marchado al exilio.

El modelo ya podía reconocerse en Francia con la eminente Escuela de Ciencias Económicas de Toulou-

LOS ACADÉMICOS franceses reprochan a Villepin haber arropado este proyecto «elitista»

se, pero la PSE se diferencia en su insólita naturaleza jurídica. Primero porque va a funcionar completamente ajena a las reglas de la administración universitaria. Y, en segundo lugar, porque la fórmula de la autogestión mantiene a raya la tentación del dirigismo estatal.

Las cifras hacen todavía más inverosímil los privilegios. La Paris School of Economics nace con una financiación del Estado de 20 millones de euros, que se añaden a otros 10 de la región de Ile de France, tres

de la capital y cuatro procedentes de patrocinios privados.

El desembolso no autoriza a ningún representante institucional a ocupar una plaza en el consejo de Administración, mientras que los valedores de los sponsors privados podrán hacerlo con voz, pero nunca con voto.

Es el punto de partida y la hoja de ruta. Porque el objetivo, en realidad, consiste en que las aportaciones privadas superen a las públicas con el transcurso de los años y que la PSE sea una especie de isla del tesoro de aspecto americano en el océano endogámico de la burocracia francesa.

Así se explican los resquemores que la iniciativa ha provocado en el medio académico nacional. Catedráticos y rectores reprochan a Villepin haber arropado un proyecto elitista, pero el primer ministro justifica a su favor que la fórmula de un nuevo espacio para masters, postgrados e investigadores beneficia la vitalidad de la academia francesa: «Queremos mostrar con la PSE que Francia es una tierra de excelencia y que nuestro país es capaz de recompensar el mérito. Empezando por los proyectos tan ambiciosos como la Paris School of Economics», decía el jefe del Gobierno con motivo de la inauguración del nuevo espacio universitario.

La sede decepcionaría a quienes imaginan una escenografía arquitectónica más o menos sugerente. Estamos en el barrio 14, detrás de los distritos nobles, aunque, de momento, la PSE funciona en una serie de barracones ministeriales con el ánimo de mimetizarse en las apariencias.

Otra cuestión es el fondo. De hecho, la primera tarea que los investigadores económicos tienen delante es, precisamente, la de convertir en verosímil esta utopía que el joven Thomas Piketty, ya sabemos, compara con la aventura de Bill Gates en el país de los Soviets, parafraseando, con permiso, la obra de Tintín.